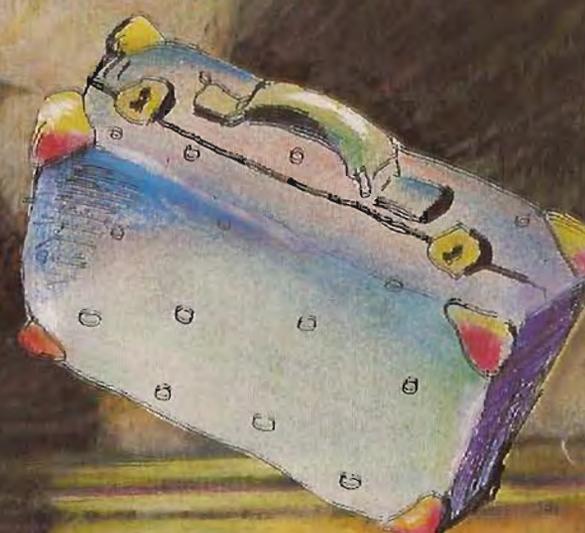


F

Ema Wolf
HISTORIAS A
FERNÁNDEZ



1^{er} Premio Nacional
de Literatura Infantil
(Producción 1994-1997)



JORGE SANZOL



HISTORIAS A FERNÁNDEZ

F Ema Wolf
HISTORIAS A
ERNÁNDEZ

Ilustraciones:
Jorge Sanzol

1^{er} Premio Nacional de Literatura Infantil
(Producción 1994-1997)

Dirección Editorial
Canela
(Gigliola Zecchin de Duhalde)

Diseño original: Helena Homs

Compaginación y armado: María Chimondeguy

Wolf, Ema

Historias a Fernández. - 5ª ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2005.
64 p. ; 21x14 cm. (Primera Sudamericana)

ISBN 950-07-1906-1

I. Narrativa Infantil Argentina. I. Título
CDD A863.928 2

Primera edición: julio de 1994
Quinta edición: julio de 2005

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en la Argentina.
Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.
© 1994, Editorial Sudamericana S.A.®
Humberto 1º 531, Buenos Aires

ISBN 950-07-1906-1

www.edsudamericana.com.ar

Me preocupa esa costumbre de Fernández

de dormir en el filo de las alturas.

Fernández duerme en equilibrio sobre el borde de los aleros y las canaletas de desagüe. Provoca escalofríos verlo oscilando al viento con los ojos cerrados en la cima del tanque de agua, la cumbrera del tejado —su lugar favorito, sobre todo cuando el sol de invierno entibia las tejas—, las medianeras y las ramas más altas del árbol de paltas. ¿Puede alguien que no sea pájaro descansar sobre un alambre? Él sí. Los días de lluvia se refugia en el estante del lavadero para enroscarse en el vértice de una pirámide de latas de pintura seca y deja colgando medio cuerpo, una pata, una cabeza, una cola, siempre como para caerse. Todo el tiempo una siente dos impulsos contradictorios: el de cerrar los ojos, y el de montar guardia deba-

jo con los brazos en canasta atenta al momento en que se precipite, pero no es posible vivir así, vigilando siempre, con el cogote doblado.

Desde chico —no tenía más de cincuenta días cuando Emilio lo dejó en casa— mostró esa peligrosa inclinación por los bordes, los extremos, las aristas, los márgenes y cualquier sitio desde donde fuera posible derrumbarse. Su misma aparición estuvo marcada por una señal de riesgo aéreo.

Hace unos años Emilio —Emilio es nuestro vecino— lo descubrió encaramado en la punta de su acacia, que es el árbol más alto de la cuadra; y lo bajó no porque Fernández diera muestras de sentirse en peligro sino precisamente porque todo hacía suponer que se quedaría allí para siempre. Vaya a saber por qué razón, siguiendo qué impulso, Emilio tocó el timbre en casa, nos entregó a Fernández —que hasta ese momento nunca había sido nuestro— y se fue. Un gesto tan natural y sorpresivo que no nos dio tiempo de reaccionar. A ver si se entiende: no parecía un regalo sino una devolución, sólo que esta vez no habíamos perdido nada y menos a Fernández, a quien —repito— no conocíamos excepto por haberlo visto ese día en la punta de la acacia. Emilio es uno de esos vecinos que siempre devuelve la pelota de mis hermanos cuando cae en su jardín; pero eso no era una pelota, por lo que no supimos si correspondía darle las gracias o no. Ahora que lo pienso nunca aclaramos con él ese asunto.

Desde ese día Fernández está con nosotros. (El nombre se lo puso mi madre, inexplicablemente, ya que no es un nombre sino un apellido, que no es el nuestro y ni siquiera el de Emilio.) De entrada nos resultó gracioso por los dibujos de la piel: sobre un fondo amarillo se destacan manchas de contorno complicado que a su vez contienen puntos, redondeles y líneas sinuosas. Incluso no es simétrico: su lado izquierdo es completamente distinto que el derecho al extremo de que no parece el mismo según el costado desde donde se lo mire. Pero no es la piel de Fernández lo que nos interesa ahora.

¿Por qué esa vocación suya por desafiar los límites y exponerse al cuete? No sabemos. Es probable que no lo haga de intrépido, por amor al peligro, ni porque el vacío lo atraiga con su enorme fascinación —creo haber dicho que usa esos lugares para dormir—. Pienso más bien que se trata de una extravagante conducta heredada, o que ha nacido sin el músculo del vértigo. Puede haber otra explicación: Fernández es de Libra, un signo de aire. Lo cierto es que cualquier otro preferiría dormir en los almohadones de la casa en lugar de andar pendulando por los aires; otro sí, él no; jamás ha dormido sobre un almohadón. La única ventaja de esto es que no tenemos pulgas adentro.

A veces se cae.

Hace unos días se cayó.

Cayó de la palta como una fruta madura con

tanta mala suerte que dio la cabeza contra la reja del dormitorio. Yo estaba en la cocina cuando escuché el ruido de ramitas secas al quebrarse, un golpe, el acorde de arpa de la reja vibrando y el aterrizaje propiamente dicho. Éste es Fernández, me dije, y salí pitando. Lo encontré desmayado sobre el macetón del helecho con un corte en la mollera. Fue horrible. Cuando lo levanté por las axilas, el cuerpo se le estiró como si fuera de masa.

Muy angustiada lo puse sobre una bandeja y corrí a lo de mi tío Calixto, que es enfermero diplomado y nos arregla todo. En el camino se me cruzaron todos los fantasmas: que hubiera perdido la memoria y no me reconociera —las imágenes que guarda la memoria son frágiles y un golpe en la cabeza las quiebra como arcilla de alfarero—, que se hubiera vuelto tonto, o loco de esos que ven cosas en el aire que nadie ve, que hubiera quedado sordo, o ciego, o solamente tuerto pero mudo. Por suerte nada de eso pasó.

Mi tío lo zurció y lo vendó —no quise mirar mientras lo zurcía—. Me lo devolvió despabilado, con una especie de turbante y las cejas rosadas de merthiolate. No recetó medicamentos pero me hizo una recomendación importante: que no lo dejara dormir durante las próximas tres horas para evitar el riesgo de una conmoción cerebral. Pasadas las tres horas estaría fuera de peligro.

Lo cargué de vuelta con la mayor delicadeza debido a su estado; nunca lo había visto tan frágil,

tan necesitado de protección. Me acuerdo que en la esquina le di un beso y que debajo del beso caminó una pulga.

Lejos de tranquilizarme, mi tío me había puesto en un problema serio. Porque no he hablado todavía de la otra costumbre de Fernández.

No he dicho que de las veinticuatro horas que tiene el día, Fernández duerme alrededor de veintiséis. Duerme sin pausa, con la dedicación de un atleta entrenándose para las olimpiadas del sueño, duerme para llegar primero en cualquier maratón de párpados cerrados, duerme porque se fatiga de tanto dormir. Ni siquiera conoce el sueño ligero: entra directamente en la cuarta fase —la de las ondas delta, la más profunda— y ahí se queda aunque la tierra trepide. Tampoco esto tiene explicación, al menos científica. Baste saber que duerme como los próceres de mármol, duerme con el sueño de abismo de las montañas, duerme como una pirámide, como un menhir.

¿Cómo mantener despierta semejante cosa? ¿Dónde estaba el héroe capaz de la hazaña? He ahí el problema.

Pero en ese momento estaba en juego nada menos que la vida de Fernández. Y lo digo en singular —la vida— ya que a fuerza de recibir porrazos creo que de las siete que tenía al nacer le queda una sola, la que está usando.

Entré a casa con una desagradable sensación de peligro en el estómago. ¿Qué hacer?

La única solución —me dije— era contarle una historia lo bastante entretenida como para impedirle conciliar el sueño; una de esas capaces de arrancar a un oso de su letargo y encima conseguir que te aplauda. En ese momento ignoraba —y todavía ignoro— si había historias —como hay alimentos— especiales para él; pero ya inventaría alguna adecuada, o varias, ¿por qué no? Siempre confié en mis habilidades para contar aunque hasta el momento nunca las había puesto a prueba en circunstancias tan dramáticas.

Así pues lo llevé derecho a mi pieza y lo acosté sobre la almohada. Rápidamente armé un plan: le contaría tres cuentos, exactamente uno por hora. Eso fue un jueves entre las cuatro y media y las siete y media de la tarde. Lo que sigue son esos tres cuentos tal como se los conté, incluidos algunos comentarios e incidentes propios del momento.

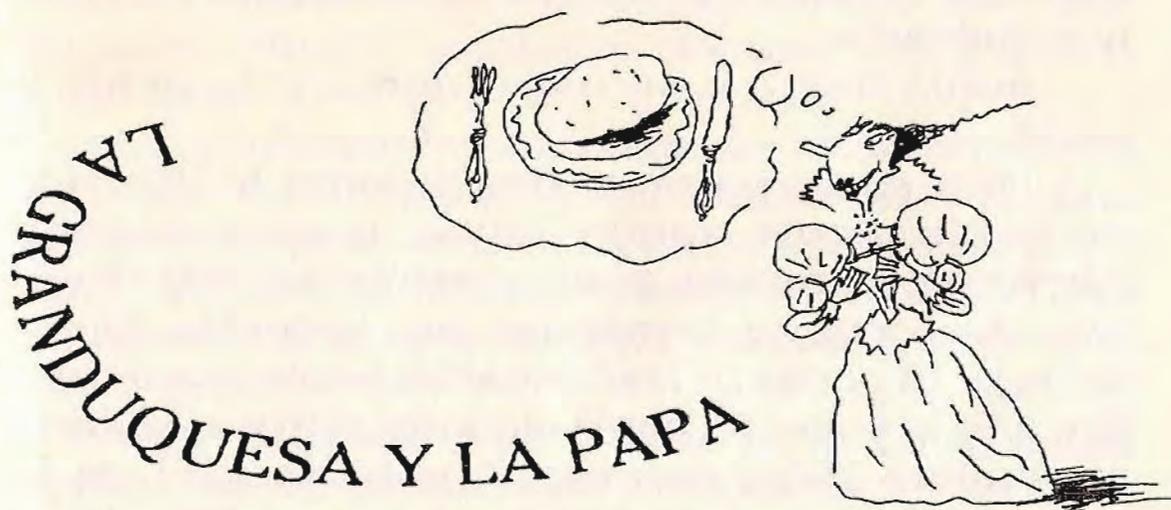
Como se comprenderá, no tenía más remedio que improvisar algo pronto. Si me tomaba más de dos minutos para pensar la historia, Fernández caería en uno de sus sueños de plomo. —También es cierto que a veces estas cosas salen mejor cuando uno no las piensa demasiado.

Recuerdo que me asomé a la ventana buscando inspiración.

Vi pasar un camión de verduras que seguramente descargaría en el mercado de la esquina, y vi el jardín ornamentado de mi vecina, la vieja aris-

tocrática, que a esa hora controlaba desde su azotea los movimientos del barrio.

Tomé aire y me zambullí en la historia de la primera hora, que intitulé:



Hace mucho tiempo, en un palacio de la Ucrania meridional —las auténticas historias, Fernández, siempre ocurren antes y lejos—, vivía la granduquesa Sonia. ¿Qué te puedo decir de esta noble dama? Pasaba los días ocupada en los múltiples asuntos de su granducado que ya sabrás cuáles son y no voy a repetírtelos porque si hay algo que quiero evitar es que te aburras.

Una tarde, mientras tomaba fresco en la terraza, se le antojó comer una papa. Dicen que estaba sentada en la mecedora cuando empezó a hamacarse frenéticamente y a mirarse los pies.

Todos los parientes de Sonia —que descendía de un antiguo y complicado linaje ruso— habían sido antojadizos de la misma manera: de pronto se impacientaban, se miraban los pies y pedían algo. En este caso no estaba pidiendo nada extraordinario: la Ucrania meridional es zona papera, igual que Balcarce.

Sonia llamó a su mayordomo y le pidió la papa.

Para su sorpresa, el mayordomo le dijo que no había. Podía traerle caviar, peceto de lobo siberiano, salmones grises y ostras del Mar Muerto —¿has comido, Fernández, ostras del Mar Muerto?— pero papas no; lamentablemente, papas no. Ese año la cosecha había sido desastrosa. Miento, ni siquiera hubo cosecha. Los habitantes de la comarca habían estado experimentando con un fertilizante agroquímico de patente finlandesa y achicharraron las plantas apenas nacidas.

La granduquesa se deprimió rabiosamente; lo tomó como un insulto a su dignidad o más bien como una conspiración contra su persona y llegó a gritar que la querían matar de hambre. Le explicaron que no había sido más que un triste accidente provocado por la torpeza natural de esos aldeanos brutos que no habían sabido interpretar las etiquetas de los frascos escritas en finlandés. Pero ella no escuchó razones y dispuso que removieran cielo y tierra hasta conseguir una papa.

¿Hasta acá vamos bien? Vamos bien.

Los empleados del palacio pensaron que no tenía sentido remover el cielo buscando papas, de modo que mandaron emisarios a todos los campesinos de la comarca con la orden de que se pusieran a cavar sus tierras. Los campesinos cavaron, cavaron, cavaron, sin encontrar más que gusanos roncós y lombrices, lombrices y gusanos roncós.

La granduquesa bramaba de furia. Amenazó a sus ministros, pateó a sus camareras... En una palabra, se puso densa. Es que el deseo de papa era más fuerte cuantas más papas no había, ¿entendés? Al principio la papa era solamente una papa, después la papa se le hizo cuestión de vida o muerte precisamente porque no se conseguían papas. Por fin prometió la famosa Esmeralda Escarlata de su bisabuela a quien le trajera una papa.

La noticia se desparramó como el polen y entonces todos cavaron con extraordinario entusiasmo. Aunque ninguno de los campesinos había visto la famosa Esmeralda Escarlata, sabían que era la gema más preciosa de la corona y de todas las coronas de los alrededores.

Cavaron con tanto frenesí que transformaron los campos en un muestrario de cráteres; un revoltijo inútil porque nunca se han visto papas a más de dos metros de profundidad. ¡Hubieras visto cómo se pusieron el día que llovió! ¡El trabajo que les llevaría luego emparejar todo aquello! Lo único que consiguieron esta vez fue liquidar to-

das las madrigueras de vizcachas, que allá son plaga. Además hubo peleas porque al cavar uno tiraba las paladas de tierra sobre la excavación del vecino y el vecino sobre la suya de modo que nunca terminaban el agujero. ¿No te parece gracioso? Hoy no estás con ganas de reírte.

Pues no aparecía una papa ni para remedio.

A todo esto en la aldea vivía... ¿Quién vivía? En la aldea vivía un artesano que fabricaba enanitos de jardín.

Paso a describírtelos: hermosos enanos de yeso que cargaban al hombro una maceta llena de flores de yeso, totalmente hechos a mano porque entonces no se conocían los moldes. Con los primeros tuvo dificultades porque los paraba frescos y los enanos se le pfff... Pero después le salieron perfectos; todos iguales, divinos, mirando al horizonte, con trajecito, escarpines, barba y caperuza. Lo único que variaba un poco era el color: unas veces la caperuza era roja y los escarpines verdes, otras los escarpines eran rojos y la caperuza verde, eso iba en el gusto del cliente aunque por algún motivo tenían más salida los enanos de caperuza roja y escarpines verdes.

En otra época el artesano había hecho una pequeña fortuna vendiendo enanos a domicilio; la gente estaba fascinada con ellos y se los sacaba de las manos. Pero cuando uno tiene en su casa un enano, dos, tres, cuatro, cinco, no quiere más enanos. Llegó un momento en que él y su mujer

empezaron a comerse los últimos ahorros porque casi nadie compraba ya enanos en la comarca. Para colmo ese año, con el naufragio de la cosecha, ¿quién iba a gastar plata en ornamentos de jardín? La mujer del enanista no hacía más que llorar sobre su propio hombro.

Así estaban las cosas.

Una mañana, mientras compraba huevos en el mercado, la mujer se enteró del antojo de la granduquesa y de la riquísima esmeralda que prometía. Mujer inteligente, tuvo una idea brillante que fue madurando durante el camino de vuelta a casa. Apenas llegó le pidió a su marido que fabricara una papa de yeso. Dijo exactamente:

—Boris, fabricá una papa de yeso.

No, no fue así. Le dijo:

—¿Qué tal si te fabricás, Boris, una buena papa de yeso?

El plan, naturalmente, era que Boris ofreciera la papa a la granduquesa. Si pasaba, pasaba.

¡Fernández! ¡Han pasado apenas quince minutos desde que empecé! Vuela el tiempo. A propósito: ¿vos sabés bien qué es una papa? Ya mismo traigo la enciclopedia y te digo...

¿Dónde la puse? No te impacientes, la estoy buscando, ya va a aparecer, no te duermas, no te... Acá está. Veamos. Tomo tres de la Sopena. ¿La "p" viene antes o después de la "ese"? Viene antes. Acá está: PAPA: (gr. *pappas*) m. *Sumo Pontífice romano*. No, esto no es. ¿A ver más abajo? Brsss,

sbresss, dice: *Véase patata*. Busquemos patata. Patarata, patas, patasca... Aquí está: Patata. f. *Nombre de un tubérculo* —no te rías, Fernández—... *un tubérculo grueso, redondeado, carnoso, abundante en fécula, marrón por fuera, amarillento o rojizo por dentro, que constituye el extremo de las raíces fibrosas de una planta herbácea anual, so-la-sánea... solanácea, de unos 50 cm de altura, con hojas desiguales y profundamente partidas, fruto de baya carnosa, flores en corimbos terminales...* ¿Qué cuernos serán los corimbos? Veamos. CORIMBO. m. *Bot. Dícese de las flores o frutos agrupados que nacen en distintos puntos del tallo y se elevan casi a igual altura.* ¡Qué bárbaro! ¿A igual altura de qué? No entiendo. Volvamos a la patata. *Es originaria de América donde crecía en estado silvestre en los alrededores del lago Titicaca y constituía el principal alimento de los indígenas de la zona. Llegó a Europa en 1570. Es rica en vitamina C, almidones y azúcares. En el mundo existen más de mil —¡mil!— variedades que se usan en la alimentación humana, en la alimentación de animales y en la obtención de productos industriales como alcoholes, féculas —no bosteces—, textiles y jabones...* ¿¡Jabones!? Vos ni te imaginabas que la papa se usa para hacer jabones. Claro, es ese que llaman jabón de papa. Y escuchá esto: *también se usa para fabricar el vodka que es un licor típico de Rusia.* ¿Ves? Todo encaja perfectamente. ¿Satisfecho ahora? Sigo.

¿Qué era para un hombre acostumbrado a fabricar enanos moldear una simple papa? Una pavada. En cinco minutos el artesano hizo una papa perfecta, con brotes y ojos. La pintó de color... A ver, Fernández: ¿de qué color pintó la papa? Lo dije antes, pensá, tomate todo el tiempo que necesites.

Marrón. Bien.

El enanista marchó al palacio y se hizo conducir ante la granduquesa. La ceremonia oficial de entrega de la papa fue una de las más emocionantes que hayas presenciado. Boris, flanqueado por una guardia de lanceros con uniforme de gala, avanzó sobre la alfombra con la papa hundida en una almohadilla de terciopelo carmesí. Sonia la aceptó con una sonrisa de reina, más que de granduquesa, e hizo un gesto a su asistente. El asistente se adelantó y entregó al enanista un cofre abierto con la famosa Esmeralda Escarlata, que era una piedra esplendente y gruesa como un carozo de palta. No hubo discursos, por suerte; hubo fuegos de artificio, música, baile, y todos brindaron muchas veces con vodka por la prosperidad del granducado.

La fiesta —son muy animadas las fiestas en Ucrania— terminó a la tarde del día siguiente.

Y en este punto, Fernández, los caminos de nuestros héroes se bifurcan: el hombre corrió a su casa contento para mostrarle la esmeralda a su mujer, y la granduquesa fue a refrescarse a la

terrazza pero antes le entregó la papa al cocinero para que la hirviera.

No necesito decirte que el verdadero problema empieza aquí.

A la hora de la cena la papa estaba tan dura como antes. El cocinero, un francés de la Provenza, pidió más tiempo. Era una papa tardía, dijo. Como la granduquesa jamás había entrado a una cocina no tenía la menor idea de cuánto tarda una papa en ablandarse.

La papa hervía, hervía, hervía.

A los quince días Sonia reclamó la papa. Como no estaba lista, despidió al cocinero francés y tomó a un cocinero belga. La papa seguía hirviendo, hirviendo, hirviendo. El belga nunca había visto una papa tan obstinada. Al mes, Sonia reemplazó al cocinero belga por un italiano que dobló todos los tenedores tratando de pinchar la papa. "¡Para cuándo esa papa!", gritaba la granduquesa con la servilleta al cuello. Y la papa hervía, hervía, hervía. Ni siquiera destiñó porque estaba pintada con esmalte a prueba de intemperie.

A los dos meses la granduquesa reemplazó al cocinero italiano por uno turco. Y la papa hervía, hervía, hervía. A los tres meses el cocinero turco enloqueció, quemó todas sus recetas en la hornalla, marchó al desierto y ayunó el resto de su vida.

Mientras tanto la papa seguía hirviendo, hirviendo. La granduquesa contrató a un cocinero

alemán especialista en hortalizas duras. Y la papa hervía, hervía. A los cuatro meses... ¡NO TE DUERMAS, FERNÁNDEZ!

Harta de tanta demora, Sonia llamó al artesano para pedirle explicaciones. El artesano naturalmente tenía una explicación, pero no le pareció prudente dársela. Entonces Sonia le ordenó que se ocupara personalmente de la cocción de la papa y si en dos semanas no estaba lista le cortarían la cabeza. Así de fácil resolvía las cosas esta gente.

Al pobre hombre lo llevaron a la cocina y lo ataron con una soga a la manija del horno.

Pasaron los días.

El infeliz vagaba entre los utensilios y lloraba sabiendo que su fin estaba próximo. No podía hacer otra cosa más que llorar y llorar. A su lado se cocían los manjares para la granduquesa, que volvían de la mesa intactos porque ella esperaba la papa; él tampoco los probaba, inapetente como buen condenado a muerte. La mujer, en su casa, también lloraba, bastante arrepentida ya que después de todo la idea había sido suya. Eran los dos únicos que lloraban porque eran los únicos que conocían la verdad de la papa.

Un amanecer, cuando faltaban veinte minutos para que al desventurado le cortaran la cabeza —y la papa hervía, hervía, hervía—, apareció su mujer en la cocina con una papa auténtica. Había pasado un año entero y comenzaba la nue-

va cosecha. ¿Qué tal? ¡No te esperabas esto! Yo tampoco.

El artesano, loco de alegría, echó a la olla la papa verdadera, que tardó diecinueve minutos en ablandarse. En el último minuto metió la espumadera para sacar la papa. ¡Era la falsa! ¡No, era la verdadera! ¡Era la falsa! ¿CUÁL ERA? El artesano transpiraba. Ya resonaban en el corredor los pasos de los verdugos. Tratando de pescar la papa se le cayó la espumadera dentro de la olla. ¡Maldición! ¿Dónde había otra espumadera? ¿Habría otra espumadera en esa cocina desgraciada? Buscó desesperadamente. Encontró una colgada, muy alto. Consiguió un banquito. Trepó. No alcanzaba. Se le enredaron los pies en la soga, cayó, se levantó. Encontró un colador de té. Los verdugos abrieron la puerta. ¡Condenado colador! ¿Por qué los hacían tan cortos? Lo metió en la olla, se hirvió los dedos, gritó. ¡LOS VERDUGOS SE LE ECHARON ENCIMA! En el último segundo sacó una papa.

Milagrosamente era la verdadera.

Así fue como la granduquesa se dio el gusto de comer papa y así salvó el artesano el pellejo.

Pero no salió de pobre porque —se me olvidaba decirte, Fernández— la Esmeralda Escarlata era falsa como su papa y no se animó a hacer reclamos. Apenas consiguió venderle a Sonia un par de enanos para la terraza.

Moraleja: desconfiá de quien te ofrezca una esmeralda a cambio de una papa.

Alentada por el éxito del primer relato

—Fernández no se durmió—, me dispuse a emprender el segundo.

En términos generales estaba satisfecha con la historia, aunque debía aprovechar la experiencia para corregir algunas cosas.

En primer lugar, los tiempos: o había resultado demasiado corta, o la había contado con mucha precipitación. No creo que Fernández se haya dado cuenta, pero algunos tramos los estiré más de lo conveniente sólo para que pasara la hora —eso de irse por las ramas es un riesgo cuando se trata de mantener al oyente despierto—; otros tramos no, los estiré a propósito para crear suspenso porque así se hace.

Además el cuento de la papa, si bien dejaba una enseñanza útil, era demasiado ingenuo, quizás hasta un poco infantil para un escuchador maduro

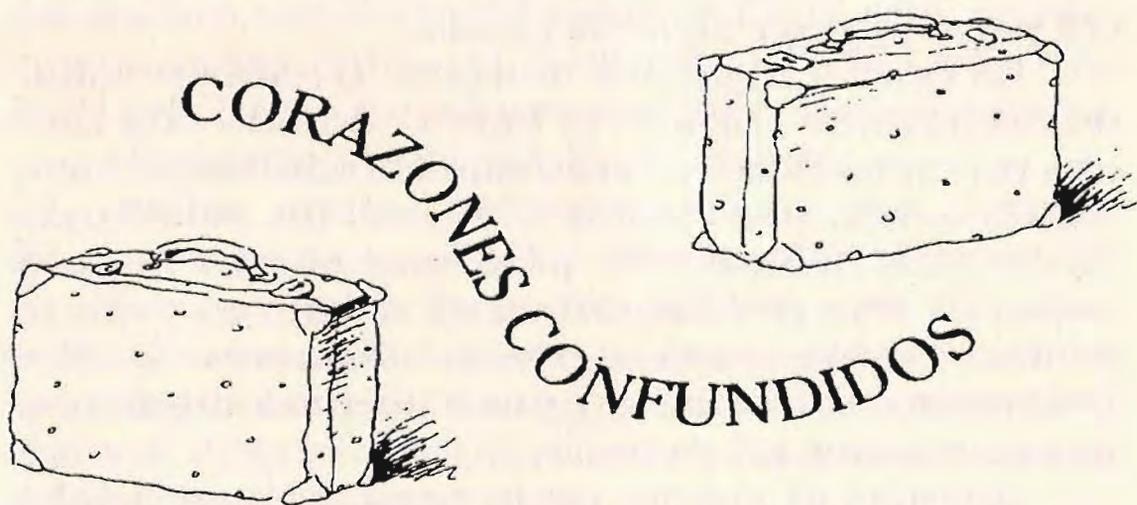
como Fernández; se parecía a las viejas historias que me leía mi abuela donde nunca faltaban un príncipe caprichoso y una mujer pobre y astuta. Lo mejor era arrancar con algo fuerte, impresionante, que lo atrapara por el pescuezo desde la primera línea y lo mantuviera bien sujeto hasta el final.

Nuevamente me asomé a la ventana.

El tintorero de enfrente caminaba hacia el mercado. Era viernes, de modo que probablemente fuera a buscar su porción semanal de menudos de pollo. Tenía un antiguo trato con Soldati, el dueño de la pollería: el japonés limpiaba la ropa fina y los delantales de toda la familia Soldati a cambio de una buena cantidad de vísceras de pollo crudo.

Para mi inspiración, eso bastaba.

Sin vacilar di comienzo a la historia de la segunda hora que titulé:



Un siniestro hombrecillo de ojos oblicuos se arrastraba por el sótano de la morgue de París. Su

ropa, ya de por sí mugrosa, iba limpiando los excrementos de murciélagos, bichos bola y arañas que hacían allí sus necesidades —no como vos, Fernández, que hacés en el cantero y después tapás—. Evidentemente se había colado por motivos oscuros ya que nadie entra a una morgue por el sótano si ha sido invitado como corresponde.

Penosamente el hombrecillo trepó por una escalera, abrió una trampa en el piso, se asomó y entró al depósito de cadáveres. Algunos flotaban en piletones de formol, otros colgaban del techo alineados como perchas con una etiqueta en el dedo gordo. El olor era repugnante; a pesar de que la habitación funcionaba como una heladera no se podía evitar el tufo a carne putrefacta.

El hombrecillo patinó varias veces sobre el piso cubierto de jugos amarillos. Consiguió llegar hasta una mesa de disección repleta de piezas humanas en desorden. Con frenesí se puso a revolver entre pedacitos de hígado, sesos, cogotes, cartílagos, pulmones, uñas verdes, tripas; en medio de semejante desparramo era imposible saber a quién pertenecía cada cosa. Estaba buscando un corazón. No un corazón cualquiera, sino uno en particular. Lo quería para...

Fernández, estás pálido. ¿Qué te pasa? ¿Te pasa algo? ¡NO, SOBRE LA CAMA NO! ¡Aquí, en la toalla! ¡Ajjj...! ¿Qué comiste, Fernández...? ¡¿Pasto?! ¡¿Otra vez comiste pasto?!

Bueno, ya pasó. Perdoname, te pido perdón

de veras, soy una bruta. Hoy estás muy sensible y las vísceras son demasiado fuertes para vos. Olvidate de todo lo que te conté, empiezo de nuevo. Esta historia te va a gustar porque es de... ¿a ver de qué es?... De amor. ¿No que te gustan las historias de amor? Son las más lindas. Acá no hay asquerosidades. Te prometo que tampoco habrá morgues. Busquemos espacios abiertos, solcito, aire fresco... El título es el mismo, escuchá:

Una joven bella y limpita bajó de un avión en el aeroparque Jorge Newbery de la ciudad de Buenos Aires. —Te aviso que también hay historias muy buenas que ocurren aquí y ahora; en realidad el lugar y la época son lo de menos.

La joven se llamaba Carmela.

Bajó por la escalerilla sólo con un bolso de mano. Se sentía feliz y aspiró con placer la fresca brisa del río.

Junto con el resto de los pasajeros, fue derecho a las instalaciones del aeroparque para recoger la valija que había despachado. Su valija era muy modesta, muy igual a tantas otras, pero su contenido muy valioso para ella. Carmela era bailarina de flamenco y allí llevaba todas las cosas necesarias para su profesión.

Antes de emprender aquel viaje desde su provincia natal le cruzó una preocupación por la cabeza: tuvo miedo de no reconocer la valija cuando los bultos desfilaran por la cinta transportadora. Por esa razón le había pintado lunares blancos.

Gracias a los lunares la descubrió rápidamente entre los equipajes que giraban, la cargó y se fue.

Cuando llegó a la habitación del hotel, la abrió. Casi muere. Dentro había una llave francesa, varios juegos de llaves inglesas, pedazos de hidrobronce, estaño de soldar, una morsa, un ramplún, una sopapa para destapar caños, un soplete, un calisuar, cueritos para canilla de distintas medidas, codos, cuplas, niples, destornilladores, cables, alambre de cobre...

¿Qué había pasado? Escuchá bien, Fernández, porque es de no creer.

Ese mismo día en ese mismo avión había llegado desde su provincia natal el joven Guli. También él despachó su valija, la recogió de la cinta y al llegar al hotel la abrió. Cuál no sería su sorpresa cuando en lugar de sus herramientas de trabajo encontró un vestido de manola, dos pares de castañuelas, enaguas, una caja de almidón, abanicos, un surtido de peinetones, aros de argolla, pulse-
ras, partituras de canciones, dos mantillas, un mantón de Manila, zapatos rojos de tacón, una redecilla para el pelo bordada en canutillo, cosméticos y varios juegos de lunares postizos.

A Guli le ocurrió lo mismo que a Carmela: casi muere. No podía entender que ésa no fuera su valija. ¡Él le había pintado lunares blancos para no confundirla con las otras!

Lo que son las coincidencias, Fernández: ha-

bían tenido la misma idea. Pero ella subió al avión en Tucumán, él en una escala en Rosario, ella bajó antes, él después, la valija de ella estaba en el fondo de la bodega y tardó en aparecer, la de él apareció enseguida porque estaba a la entrada, ella tomó un taxi, él se fue del aeroparque en el bondi de la compañía... Cosa de minutos, segundos tal vez...

Ponete a pensar un momento en esta situación extraordinaria: dos personas pintan sus valijas con lunares blancos. Sólo dos en el mundo, no puede haber tres. Ya que haya dos es un verdadero milagro. ¿A vos no te dicen nada los milagros? A mí sí. Este milagro me dice que esos dos seres están hechos el uno para el otro, que están llamados a encontrarse desde su nacimiento mismo. Dos almas tan originales tienden a unirse con la fuerza poderosa del imán, aunque el hecho de que se junten o no depende siempre del destino. Ya veremos.

Carmela y Guli, cada uno en la habitación del hotel, quedaron atontados. Durante horas no pudieron hacer otra cosa más que mirar la valija del otro lado tratando de imaginar algo. No eran muy imaginativos, al menos hasta ese momento de sus vidas: ella imaginó que el dueño de la valija debía ser plomero y él que se trataba de una bailarina de danzas españolas.

Otra coincidencia impresionante, Fernández, es que los dos habían ido a parar al mismo hotel

de Constitución y tenían habitaciones pegadas. No te extrañes demasiado por estas casualidades; no son comunes en la vida real, pero sí en las historias.

Te digo más: esa noche a la misma hora los dos se asomaron a la ventana y se miraron. ¿Pero cómo podían adivinar el asunto de las valijas? ¿Acaso Carmela tenía cara de manola? No. ¿Tenía Guli cara de plomero? Tampoco. ¿Qué cara tiene un plomero, Fernández? ¿Vos podrías decir “este señor es plomero” y no “electricista” con sólo mirarlo a los ojos? Si te cruzás con una chica por la calle, ¿podrías jurar que es bailarina de flamenco?

A la mañana siguiente empezaron a buscarse.

Cada uno salió con la valija a cuestas y se puso a recorrer las calles. Suponían que podían cruzarse con el otro y que el otro reconocería de inmediato su valija. La de Carmela —es decir, la de Guli— pesaba un poco más, pero ella no quiso sacar nada, no fuera que después el dueño la tomara por ladrona.

Ese día recorrieron el barrio de Constitución y sus alrededores. De momento no se animaban a alejarse mucho del hotel porque la ciudad los intimidaba. Lamentablemente eligieron calles distintas. Carmela hizo el circuito Bernardo de Irigoyen, Avenida Caseros, Perú, Avenida San Juan; es decir que se mandó para la zona de San Telmo.

Guli tomó por Lima, Brasil, Avenida Entre Ríos, Cochabamba; o sea del otro lado de la 9 de Julio hasta el límite con San Cristóbal. Una y otra vez caminaron las mismas hileras de baldosas hasta dejar surcos.

Volvieron al hotel tarde, muy cansados, aunque sin pizca de desaliento. Al día siguiente ampliarían el circuito tratando de elegir siempre las calles más concurridas.

Al otro día tampoco se encontraron —no habrás creído que todo se iba a resolver tan pronto—, pero al atardecer se asomaron a la ventana del hotel para contemplar la ciudad teñida de rosa, se miraron y esta vez se sonrieron.

Toda esa semana fue de búsqueda intensa.

El viernes recorrieron la avenida Corrientes a ambos lados del Obelisco y las calles laterales. En algún momento se cruzaron desde veredas opuestas, entre la multitud, sin verse. Carmela se metió en un negocio de artículos de plomería con la esperanza de encontrarlo; en ese momento él pasó por la vereda y no la vio porque ella estaba adentro. Incluso dieron vueltas al mismo tiempo alrededor del teatro Colón y el enorme edificio los ocultó uno del otro convirtiendo el paseo en una calesita tonta.

Con el correr de los días fueron conociendo de a poco Buenos Aires, animándose, perdiendo algo de miedo.

Nunca se cruzaron en los pasillos ni a la en-

trada del hotel. Guli, como plomero, tenía horarios un poco más tempraneros que Carmela, acostumbrada a la vida trasnochada de los artistas.

La dueña del hotel los veía salir todas las mañanas con las valijas a lunares y pensó que iban al trabajo. El tema de las valijas idénticas sólo la llevó a suponer que ambos hacían corretaje de productos para la misma empresa. Varias veces estuvo a punto de hacer una pregunta del tipo:

—Señor Guli, ¿qué venden usted y la señorita de la otra valija a lunares que ocupa la habitación de al lado?

Pero se guardó la curiosidad y nunca se atrevió a hacer esa pregunta porque no le parecía correcto entrometerse en la vida de sus huéspedes. Ni siquiera se animó a hacerla el día que tuvo un brote reumático y se le ocurrió que los dos vendían medicamentos de un laboratorio y en ese caso bien que le vendrían unas muestras gratis de algún calmante. ¡La suerte conspiraba contra esos pobres jóvenes!

A todo esto Carmela se sentía perdida sin su traje de manola, y Guli un huérfano de la plomería.

Sus días transcurrieron en caminatas cansadoras y sonrisas ocasionales en la ventana.

Ella descubrió la muchedumbre de la city en horario de bancos y se apostó muchas veces en los alrededores de Plaza de Mayo esperando ser vista por el hombre de su valija. Él descubrió las bocas de los subtes en las horas pico e imaginó

que eran buenos lugares para estacionarse y esperarla. En vano. Eran dos náufragos remando en una balsa en medio del océano; tal vez no sea muy original la comparación, pero no se me ocurre otra por el momento.

Una noche intercambiaron algunas palabras de ventana a ventana. Comentaron el estado del tiempo, lo bonitas que se veían las luces titilantes de los aviones en la paz del cielo nocturno y cómo contrastaban con los semáforos, los embotellamientos, los baches, las veredas rotas y el olor de los caños de escape de abajo. La noche siguiente se enteraron de que los dos habían viajado en avión hacía muy poco. Y nada más. A ninguno se le ocurrió mencionar el tema de la valija. ¿Por qué habrían de hacerlo?

Esto me recuerda, Fernández, lo que le pasó a Lita, la hija del tintorero. No sé si te enteraste de aquella vez que conoció a un muchacho por teléfono. Ése fue un milagro de tipo telefónico: las líneas se cruzaron mientras los dos trataban de comunicarse con otra persona. Estuvieron charlando como cinco horas. Palabra va, palabra viene, intimaron, se gustaron... hasta que el chico le dijo que quería verla y Lita —vos sabés cómo es Lita— le contestó que bueno.

La cita era en el bar Raro un sábado a la noche. No se conocían las caras, naturalmente, entonces ella le dijo que iba a ir vestida con un tapado negro largo hasta los tobillos.

Cuando el muchacho llegó a ese bar, por supuesto había ciento cincuenta chicas todas vestidas con tapados negros largos porque en ese momento estaban de moda y ninguna se ponía otra cosa. Nunca se encontraron: a ella no se le ocurrió decirle que era japonesa.

Claro, Fernández, supónete que vos fueras japonés; para vos eso sería la cosa más natural del mundo. No vas a pensar que tener los ojos así sea un dato llamativo. ¡Es normal! Además tu propia familia nunca te dice “acordate que sos japonés” porque ellos también son japoneses. En cambio yo sí me di cuenta. Yo le pregunté a Lita: “Lita, ¿vos le dijiste a ese chico que eras japonesa?” Y ella me dijo: “Y... no”.

Total que los dos creyeron que el otro había faltado a la cita. (Ahora que lo pienso: ¡mirá si el muchacho también era japonés!) Lita anduvo afligida mucho tiempo. Una historia triste pero real. Esperemos que a estos dos no les pase lo mismo.

Carmela y Guli, entretanto, se pensaban. Quiero decir que tenían sus fantasías puestas en imaginar al otro y a esta altura lo imaginaban muy bien; se buscaban con la curiosidad más optimista, alimentando sus más cálidas ilusiones.

Pero como las conversaciones en la ventana continuaban, las cosas se les volvieron confusas. Mientras Guli caminaba con la idea fija en la manola, al mismo tiempo pensaba en la chica del hotel; cuando Carmela conversaba con el Guli de

la ventana sentía que estaba traicionando al plomero de la valija. De noche soñaban alternativamente con uno u otro y en los sueños los dos tenían la misma cara. No sé si entendés algo tan complicado.

Cuando descubrieron Palermo, la ciudad les pareció más bonita y se puede decir que ya la conocían bastante bien. Caminaron mucho bajo los abedules... —no estoy segura de que haya abedules en Palermo, mejor bajo los eucaliptos—. En esos momentos tenían la certeza de que estaban muy cerca —lo estaban— pero no sabían de quién querían estar cerca, si del dueño de la valija o del dueño de la ventana. Conocieron al vendedor de manzanas acarameladas del lago, pero nunca lo saludaron al mismo tiempo ni el hombre reparó en el detalle de los lunares. Anduvieron por el zoológico, aunque frente a jaulas diferentes. También solían ir a Palermo con niebla porque les encantaba caminar por el bosque brumoso; pero ya se sabe: la niebla no descubre sino que oculta.

Gastaron las zapatillas. Fueron a los festivales de rock sólo para recorrer la cola de la vereda porque no les alcanzaba la plata para comprar la entrada. Tal como le ocurrió a la pareja de artesanos enanistas, se les estaban acabando los ahorros. Ninguno de los dos podía trabajar. No me imagino a Carmelita usando un soplete; peor es imaginarse a Guli en ropa de gitana. —¿Te acordás cuando te disfracé, Ferni? ¿Te acordás cómo te

escapaste?— La cosa es que estos chicos empezaron a comer salteado.

Uno de los diálogos entre ventanas fue así:

—Te veo más flaquita.

—Yo a vos también.

—¿Dónde comés?

—No me acuerdo.

—Ah.

Y nada más.

Y así cada día, cada atardecer.

No es justo que dos seres de idéntica naturaleza vivan en ese estado de desencuentro y confusión. Para colmo, a medida que pasaba el tiempo más y más se hacían los ratones uno con el otro... ¡Ah, te despabilaste! ¿Qué cosa te despabiló? Ya me imagino.

El destino, Fernández, adopta muchas formas y nadie puede predecir cuál será. Simplemente se presenta ante los seres humanos y una vez que se presentó ya no retrocede. Ni aun permaneciendo sentado junto al fuego del hogar puede el hombre escapar a la voluntad del destino —cuánto más estos dos, que pasaron semanas trotando por la calle—. Aparece bajo un disfraz distinto cada vez, que puede ser el disfraz de la guerra, una inundación, un premio de lotería o un simple animalito. Esta vez adoptó la forma de un ratón, un vil y asqueroso ratón gris.

Una mañana Guli estaba a punto de salir con la valija cuando escuchó golpes, muebles que se

corrían y algunas maldiciones de su vecina. Se asomó a la ventana en el momento en que un ratón escapaba de la habitación de al lado por un reborde del frente del edificio. Detrás del ratón se asomó Carmela. El ratón corrió hacia la ventana de Guli, después siguió trepando por los firuletes del edificio y, cerca de la cornisa, se metió por un tragaluz que daba a la escalera de incendios.

Como una sola persona salieron los dos al pasillo y se lanzaron por la escalera de hierro persiguiendo al ratón que subía. A la altura del tanque de agua alcanzaron a ver que se escondía en un caño.

Por primera vez Carmela y Guli estaban juntos, casi tocándose. Sus corazones latían apresuradamente. Unieron las cabezas para mirar dentro del caño. Ahí estaba el ratón mostrando los dientes como una fiera acorralada. ¿Y ahora con qué lo cazaban? Al mismo tiempo los dos salieron corriendo al grito de:

—¡Esperá aquí que ya vuelvo!

Dos minutos después estaban de nuevo junto al tanque de agua.

Carmela traía la sopapa para destapar caños y Guli un zapato de tacón rojo.

Ese ratón jamás fue sacado del caño y menos aplastado por aquel zapato. Qué se hizo de él, lo ignoro. La revelación fue más importante que todo eso. Carmela reconoció sus tacones y Guli su sopapa. Un momento maravilloso. Temblando,

cayeron uno en brazos del otro y así quedaron largo rato, mudos de sorpresa, aturcidos de amor. Después uno dijo: "¡Eras vos!", y el otro dijo: "Y... sí".

Lo que sigue, Fernández, queda librado a tu imaginación. Supongo que vivieron juntos para siempre, tuvieron hijitos y fueron felices, pero esa parte de sus vidas queda fuera de esta historia porque ya son las seis y media.

Fernández

estaba tenso como un elástico. La aparición del ratón —un recurso astuto de mi parte— despertó sus instintos primitivos y alertó su fibra de cazador al acecho de la presa. Naturalmente yo hubiera querido llegar al final de la historia con un Fernández emocionado; no me dio esa satisfacción; él se lo pierde. De todos modos para mis fines era lo mismo; en ese estado de erizamiento no se dormiría así nomás y eso me daba un pequeño respiro.

El cuento de la valija era sin duda mucho más romántico y conmovedor que el de la papa; al menos en ese aspecto me pareció una superación. Además traía dentro una historia real de yapa: la historia de la japonesa. (Vuelvo a pensar que el

episodio de las tripas fue una torpeza atroz de mi parte.) Tal vez se me pueda reprochar el exceso de casualidades pero creo que sin casualidades no hay historias. Fernández seguramente hubiera preferido otro final para el ratón, por ejemplo en una bandeja adornada con perejil; no le di el gusto: yo necesitaba un final para mi historia de amor, no para el ratón; casi fue mejor dejar al ratón vivo en el caño, viendo que eso lo mantuvo vigilante.

Cumplida la segunda etapa de mi plan me sentí confiada, diestra, perfectamente segura de mi pulso para contar. Fueron dos pruebas difíciles que atravesé con éxito.

La última historia tenía que ser la mejor: amplia, dilatada, vibrante, sólida como un arrecife y a la vez sutil como dibujada con pincel de seda, algo para durar eternamente en la memoria, una historia sin andadores, capaz de sostenerse sola sobre sus cuatro patas. Nada de recursos bajos, ni enciclopedias ni tripas ni ratones esta vez.

Mientras Fernández sin moverse de la almohada escrutaba los rincones de la pieza buscando vaya uno a saber qué, me asomé de nuevo a la ventana.

Confieso que me alarmé. No había un alma. Ni un vecino a la vista, ni una bicicleta circulando, ni un perro sarnoso en la vereda; no pasaba absolutamente nada. Las casas quietas, la calle desierta, el aire detenido como después de la bomba.

Sentí lo mismo —pero más tremendo— que lo que siento frente al rollo de cinta scotch cuando no le encuentro la punta. Yo no pedía gran cosa, necesitaba apenas un borde, un pretexto, un motivito, algo de donde agarrarme para empezar a contar... ¿Qué pasaría si no pasaba nada? Yo, muda; Fernández, olvidado del ratón, cayendo en un sueño mortal y todo el esfuerzo anterior al traste.

Cuando ya me subía por las piernas un miedo espantoso vi acercarse un hilo de agua que corría despacio por el costado de la vereda, una nada, apenas una humedad. A medida que avanzaba se hizo más importante y arrastró una hoja que flotó sobre la superficie. Encima de la hoja navegaba un insecto. En la junta del asfalto la pequeña corriente se detuvo y dibujó un charquito que tenía la forma del mapa de Australia. La brisa rizó la piel del agua e hizo temblar la hoja y el insecto. Eso fue todo.

Ahí, en ese charco, me zambullí.



AVENTURAS EN LOS MARES DEL MUNDO
O EL FANTÁSTICO ANIMAL AUSTRALIANO

Por el mil setecientos, Fernández, los europeos se pasaban la vida organizando expediciones por mar a los lugares remotos de la tierra. Estaban atacados por la fiebre de la exploración. El siglo se hizo famoso por esos viajes.

Para los habitantes de Europa la tierra era todavía una caja de sorpresas: del otro lado de los océanos quedaban muchos pedazos de mundo por descubrir, conquistar, investigar, y hacia allá se mandaban, guiados por el instinto loco de la codicia y la curiosidad, para arrancarles sus se-

cretos. No les importaba pasar penurias, comer carne cruda, chupar frío ni freírse de calor.

Una manera de atrapar el mundo era estudiarlo; estudiar las cosas raras, las maravillas que podían hallarse en los nuevos territorios; por eso en los barcos viajaban cartógrafos, geógrafos, astrónomos, médicos naturalistas, físicos, botánicos y sabios de toda clase que observaban las montañas, las bahías, los minerales, los témpanos, los arrecifes de coral, la posición de las estrellas flamantes, el curso de los ríos, los peces comestibles y los frutos medicinales de aquellos lugares exóticos y fascinantes.

Todo lo que recogían y anotaban iba a parar a los laboratorios de ciencias y allí se pelaban las pestañas clasificando, descifrando y buscando la utilidad de lo que la naturaleza les regalaba. Imaginate el mundo como un enorme supermercado repleto de fenómenos; el mar, el ancho mar era el camino para alcanzarlos; por eso no te extrañe que en ese siglo hayan nacido los veleros más grandes y veloces. ¿No sentís que se te ensanchan los pulmones? ¿Apreciás los vastos horizontes y el olor salobre de la aventura después de tanta papa enterrada y caminatas por el asfalto?

El joven Tadeo se embarcó en una de esas expediciones.

La fragata "Flora", de bandera holandesa, zarpaba del puerto de Amsterdam para un viaje de estudio de dos años alrededor del mundo y Tadeo

se ofreció para remendar velas durante la travesía. Cuando le tomaron una prueba de costura, y en vista de los resultados, el contraamaestre le preguntó con franqueza si no sabía hacer otra cosa.

Tadeo pensó un poco y dijo:

—Yo en los ratos libres dibujo.

Y no era ninguna estupidez lo que estaba diciendo.

Te explico que en esas expediciones existía el puesto de dibujante y era uno de los más importantes a bordo.

El dibujo ocupaba el lugar de las cámaras fotográficas, que entonces no existían. Hoy podés fotografiar y filmar hasta los pelos de una ameba, pero entonces la única manera de describir los animales nuevos y hacerlos conocer era dibujándolos. Los marinos no podían volver a Holanda —a Inglaterra, Alemania, Francia— dos años después contando con ademanes cómo era, por ejemplo, un guanaco patagónico; tampoco podían cargar a bordo todos los animales raros porque el barco acabaría siendo el Arca de Noé. Entonces los dibujaban y los pintaban con sus colores naturales.

Tadeo fue contratado como dibujante. Lamentablemente para los holandeses —no para nosotros, Fernández, porque gracias a eso tenemos una historia—, no se les ocurrió tomarle también una prueba de dibujo.

La fragata “Flora” emprendió su viaje por esos

mares de Dios. Muchos tifones la esperaron agazapados para echársele encima, pero era un barco noble de los que no se ahogan fácilmente y de todos los tifones salió vivo. Tocó puertos que todavía no eran puertos sino umbrales de tierras misteriosas habitadas por gentes raras, a veces amigables, a veces caníbales, y enriqueció el mapa-mundi descubriendo docenas de islas, algunas grandes, otras chicas, todas pobladas de riquísima vegetación y fauna —¿Sabés qué es la fauna? Vos, por ejemplo, sos fauna, pero no exótica.

En cada una de esas escalas Tadeo desembarcó y se internó audazmente en la fronda con su block de hojas canson para dibujar las bestias desconocidas que cruzaban delante de sus ojos. Y digo “cruzaban” porque sabrás bien que los animales no se están quietos —excepto los que duermen todo el tiempo, como las marmotas y otros—, de modo que el trabajo no fue fácil para él; una princesa posa de buena gana para un retrato, tal vez un molusco pose sin darse cuenta, pero un carnero no. A pesar de las dificultades y los peligros —más de una vez lo corrieron los bichos— se esmeró mucho en la tarea y sobre el final del viaje tenía unos cuarenta y cinco blocks llenos de dibujos, sin contar los que hizo a pedido de los marineros, que se los festejaban mucho.

Cuando la expedición volvió al puerto de Holanda fue recibida con grandes expectativas y honores. De todos los aportes que hacía a la ciencia

los que más abultaban eran los dibujos de Tadeo.

Tadeo entregó sus blocks a la Real Sociedad Científica de Amsterdam cuyo presidente era el zoólogo Gregorius Van der Veken.

El profesor Van der Veken era un sabio indiscutido, una celebridad mundial en la materia. De chico, en la escuela, había sido aplazado por su maestra de quinto grado por escribir en una prueba que los mamíferos ponían huevos. Ese episodio le provocó tanto disgusto y humillación que se entregó con alma y vida al estudio de la zoología hasta que llegó a ser el más sabio conocedor de animales de toda Europa.

Delante de los dibujos de Tadeo, Van der Veken y los demás miembros de la Sociedad Científica cayeron rendidos de sorpresa y placer, lo que demuestra, Fernández, lo poco que ve la gente que se pasa la vida detrás de una lupa.

Escuchá bien.

Era la colección de animales más estrafalaria, descarada y falsa que puedas imaginar. Desde los insectos hasta los rumiantes, aquellos animales no los creía ni el más ciego de los ingenuos. Las bestias tenían forma de bestias tanto como para no ser confundidas con un ancla o un arado, pero más allá de eso ninguna se salvaba del disparate. A veces un hocico se confundía fácilmente con un rabo, por lo que ni siquiera se notaba cuál era la parte de adelante y cuál la de atrás. Ninguna cosa estaba en su sitio. Orejas, cuernos,

colmillos y patas se disparaban de cualquier lugar de la anatomía, lo mismo que los penachos, aletas y crestas, trompas y jorobas. No vayas a creer que eran dibujos hechos así nomás, bocetos apurados; nada de eso, eran dibujos prolijos y terminados, sólo que cada uno parecía un rompecabezas armado por un niño loco.

Encima Tadeo tenía una fantasía desbordada. Dibujó lo que podía —mal— y agregó lo que imaginaba —mucho—. Cabe pensar que en la soledad de su camarote completaba, perfeccionaba y multiplicaba los animales con preciosos datos nacidos de sus delirios, caprichos, sueños, mareos a bordo y digestiones pesadas. Cada uno llevaba el nombre del lugar donde lo había encontrado, pero como eso lo escribió todo junto confiando en su memoria y casi al final del viaje, andá vos a fiarte.

Te puedo describir algunos. ¡No, mejor te los dibujo! Acá tengo un lápiz.

Mirá: había una tortuga con caparazón a cuadros escoceses, totalmente redonda, con tres patas como una mesa ratona; Van der Veken dedujo que, al ser trípode, cuando intentaba caminar cada pata anulaba el esfuerzo de las otras dos y no avanzaba; entonces vivía quieta. ¿Y la cabeza? No está. Tadeo se olvidó de hacérsela. Después había una especie de gallina... no, no, era un pelícano africano con alas de ángel, completamente transparente; se veían las montañas que estaban detrás y

también los peces que acababa de atrapar en la bolsa del pico, donde nadaban como en una pecera. Acá está la nieve de las montañas y los ojitos de los pececitos... ¿Te gusta el pelícano? Había un escarabajo —o algo así— que tenía un rabo terminado en embudo; con las patas delanteras empujaba una carretilla y con el rabo aspiraba unas pelotitas que iba depositando en la carretilla. ¡Rárisimo! ¡Andá a saber qué quiso dibujar! Y esto que estoy haciendo ahora... así, así... ¿qué es? No te pregunto qué es sino qué parece. Se parece a una palmerita de confitería pero es un caracol dibujado por Tadeo. También había un mono horrible cubierto de pelos colorados excepto la cabeza que era calva, con polainas y una hilera de botones que le llegaban hasta más abajo de la barriga. El profesor no se dio cuenta, pero ése era el retrato del capitán del "Flora" que posó para Tadeo durante una calma chicha. (Podés quedarte con los dibujos si te gustan; te los regalo. Un día que estés con mejor cara te dibujo a vos.)

El profesor Van der Veken se babeaba delante de todos estos prodigios. Con los dibujos montó una exposición a la que asistió la corte y el pueblo de Holanda y luego se dedicó a la tarea de clasificar los animales por especies, cosa que, como supondrás, le llevó bastante tiempo y quebraderos de cabeza.

Las noticias que le llegaban habitualmente de animales extraños hallados en otras partes del

mundo eran muchas, incluso noticias engañosas. Conocía tripulantes de barcos que después de una noche de juerga veían saltar delfines verdes, viajeros charlatanes que exageraban el tamaño de las serpientes del Amazonas, y embalsamadores chinos que fabricaban animales truchos —pegando una cola de pescado a un torso de mona hacían una sirena— para vendérselos a los incautos. Él, que tan bien distinguía lo verdadero de lo falso, ni por un momento dudó de los animales de Tadeo. Tadeo, inocente al fin, tampoco dudaba de lo que había visto.

La única que pegó un alarido cuando vio los dibujos de Tadeo fue su maestra de quinto grado. De inmediato recordó que su alumno nunca había podido dibujar un jarrón ni una manzana tal como eran. Entonces fue a visitarlo, lo encaró seriamente, le puso las manos sobre los hombros y le dijo mirándolo a los ojos.

—¿Te das cuenta de lo que hiciste?

En ese momento, por la expresión de su maestra, Tadeo notó que algo no estaba bien. Pensó un poco y sospechó que ese algo eran sus dibujos. Pensó más, pensó largamente, recordó sus días de escuela y fue comprendiendo el desastre en toda su enormidad. Después pensó que era demasiado tarde para arreglarlo.

—Hice lo que pude.

Y decía la verdad.

Lo que más impresionó a Van der Veken fue

un tapir —australiano según Tadeo— con rayas blancas y negras cuyo pescuezo parecía tener forma de fuelle. El profesor dedujo que el animal lo plegaba y lo estiraba a voluntad para alcanzar las hojas y frutas de los árboles, y que al estirarlo y plegarlo hacía música. Tadeo, que se había convertido en su asistente, se lo confirmó punto por punto. Después de la conversación con la maestra ya no sabía qué decirle al profesor.

El rey de Holanda y su esposa también se interesaron por el tapir; un animal único, verdaderamente asombroso, que podía alegrar las tertulias musicales de la corte y convertirse en la envidia de todos sus colegas reyes.

De ahí a organizar una expedición en busca de una pareja de tapires pasaron apenas cuatro meses. —Fíjate que los europeos actuaban como si todos los animales del planeta les pertenecieran.

Nuevamente se aparejó la fragata “Flora” para la travesía. Esta vez partió con un destino preciso: la costa del Golfo de Australia. A bordo llevaba al profesor Van der Veken y su ayudante Tadeo. Los reyes de Holanda entretanto mandaron construir una tarima con un atril en la sala de música.

El viaje fue penoso como todos los viajes, pero el profesor estaba tan contento que se bancó los tifones con el espíritu de un estudiante en un picnic de primavera. Sus pensamientos estaban puestos en el tapir, hablaba todo el tiempo del tapir y

canturreaba como debió canturrear el tapir que, estaba convencido, emitía sonidos parecidos a los de un órgano pequeño. Muchas veces estuvo Tadeo a punto de confesarle sus dudas con respecto a la existencia del tapir, pero lo veía tan ilusionado que no se animó. Además, de a ratos, cuando se olvidaba de la maestra, hasta él fantaseaba con la existencia del tapir.

Al cabo de siete meses desembarcaron en el golfo con todos los pertrechos. Salió a recibirlos un grupo de nativos que sí recordaban bien el paso del "Flora" un año y medio atrás. Cuando Van der Veken les mostró el dibujo del tapir y preguntó dónde podía capturar un animal como ése, o mejor dos, los nativos empezaron a reírse y no pararon durante los días que ellos permanecieron allí. El profesor debió sospechar algo, especialmente cuando vio dibujos de Tadeo decorando las chozas de los nativos.

Al vigésimo día de búsqueda inútil le preguntó a su ayudante dónde demonios estaba el tapir.

Tadeo le contó, como pudo, la verdad. Confesó las dificultades que siempre había tenido con el dibujo, la visita de su maestra, la sospecha de que el animal que él había visto no fuera exactamente igual al que buscaban, y de que tampoco fuera Australia el sitio donde lo encontró. Y tuvo la mala ocurrencia de agregar:

—Después de todo, eso de que el pescuezo hace música fue idea suya, no mía.

Podrás imaginar, Fernández, la desesperación del profesor. Lo menos que quiso hacer con Tadeo fue matarlo.

El más célebre naturalista de Europa, miembro de todas las sociedades de animales y orgullo de su patria, el exquisito estudioso de la fauna al que jamás le habían enchufado —si me permitís, Fernández— gato por liebre, hundido en el pantano del ridículo por un dibujante torpe. La vergüenza por venir lo aplastó. Imaginó el desprecio de sus colegas, la indignación de los reyes y cada uno de los chistes de tapires que los holandeses inventarían para burlarse de su persona. Antes que volver con las manos vacías casi era mejor colgarse de una palmera. Cayó en el catre de su tienda con fiebre alta y desvaríos; te aseguro que daba pena.

Tadeo se sintió muy mal anímicamente. Durante el día se mantenía apartado de los demás y vagabundeaba por la floresta pensando en la mala suerte del profesor más que en la suya y en el modo de reparar la falta llevándole algún consuelo. De noche rondaba la tienda donde sufría Van der Veken y le dejaba pequeños regalos al lado de la entrada: frutas, caracoles, plumas de cacatúas, té de yuyos para calmarle los nervios y humildes cartas de disculpa que el otro no abría.

El capitán del “Flora” —el mismo mono con botones—, al ver la expedición pinchada y a Van der Veken fuera de combate, tomó la decisión de regresar.

Fueron días crueles, Fernández. ¿Quién creés que es el personaje más desdichado de esta historia? ¿Cómo te ves en una situación así? No sé para qué te pregunto: vos nunca hubieras viajado a Australia a buscar tapires.

El día anterior a la partida Tadeo ambulaba como un alma en pena por el interior de la costa cuando en la orilla de un río angosto encontró una madriguera. Metió la cabeza dentro y vio un animal bastante raro; una especie de topo con pico y pies de pato, de cola ancha y chata. El animal salió de la cueva, nadó un rato y después se puso a comer gusanos. Tadeo pensó que al profesor le gustaría; no era el tapir músico pero tenía su valor como último gesto de consuelo.

Lo cargó en brazos, y esa noche, como un duende arrepentido, lo depositó junto a la tienda y se alejó.

A la mañana siguiente escuchó los gritos del profesor llamándolo. ¡Oh, sorpresa! Tadeo se alegró de verlo resucitado; por el tono de voz adivinó que esta vez no lo buscaba con ánimo de matarlo. El profesor quiso saber dónde había encontrado el animal. En la mano traía un huevo.

Adivinaste: acababan de descubrir el ornitorrinco, aunque faltaba mucho para que alguien le pusiera ese nombre tan complicado.

Tadeo no entendía el repentino entusiasmo del sabio, pero lo llevó de buena gana hasta el río y le mostró la madriguera.

El regreso de la expedición fue suspendido hasta que Van der Veken completó sus observaciones sobre el extraño animal y sus costumbres. Para sorpresa de todos, absorbido por el nuevo descubrimiento que le quitaba las horas de descanso y lo colmaba de alegría, se olvidó inmediatamente del tapir.

Por fin el profesor cargó un ejemplar vivo a bordo. No se separó un momento de él durante el viaje y no se le cayó de la cara la sonrisa de triunfo ni siquiera a la hora de los tifones. Llevaba algo que para la ciencia era más importante que el tapir, y para él en particular, un tesoro: un mamífero que ponía huevos.

En el puerto lo esperaban los reyes, altos miembros de la Sociedad Científica, sabios invitados del extranjero, el intendente de la ciudad, el director de la sinfónica y, más atrás, el pueblo de Holanda.

Gregorius Van der Veken desembarcó con el ornitorrinco en brazos, cruzó el muelle y siguió de largo sin mirar ni saludar a nadie, atravesó la multitud y desapareció entre las callecitas de Amsterdam rumbo a la escuela. Tenía algo que mostrarle a su maestra de quinto grado.

Y acá termina el cuento, Ferni.

Quiero comentarte que en Europa el tapir-fuelle se transformó en leyenda. De ahí en más llegaron viajeros contando que lo habían visto y hasta escuchado. Ya sabés lo que pasa con esos anima-

les maravillosos: como todo el mundo desea que existan, cada tanto alguien los ve. Hoy se sabe que Australia no es tierra de tapires, pero igualmente siguen llegando noticias vagas de un tapir que, en la espesura de los bosques, suena como un órgano pequeño. Los más escépticos piensan que existió pero se ha extinguido, como el lobo marsupial.

En Australia también perduró como leyenda, aunque de otra manera: los nativos transmitieron de generación en generación la graciosa historia de aquellos holandeses que desembarcaron preguntando por el tapir músico; aún hoy sus descendientes se ríen hasta que les duelen las muelas, pero nadie cree que eso haya ocurrido realmente.

Eran las siete y media. Oscurecía.

La calle había recuperado los ruidos familiares. El tintorero bajaba la persiana del negocio y mi vecino Emilio, recién llegado del trabajo, estacionaba la chatita en la vereda —el motor de la chatita de Emilio tose, aun después de apagado.

Contar es un esfuerzo, y el esfuerzo tiene relación con el tipo de historias que uno cuenta. Las historias quietas —por ejemplo dos personajes que conversan— no cansan tanto como esas otras donde muchos personajes andan de aquí para allá y les ocurren cosas todo el tiempo. Cuando terminé, mi sensación era que había paleado toneladas de tierra buscando papas, caminado meses por Buenos Aires con dos valijas auestas, y viajado tres años en una fragata incómoda soportando tifones. El cansancio acumulado se me vino

encima de golpe y me derrumbé al lado de Fernández.

Él me miró. La venda ladeada le tapaba un ojo. No parecía impresionado con mi cansancio, ni con los dibujos que le regalé ni con el cuento del tapir. ¿Se lo habrá creído? ¿No era un poco tirado de los pelos? ¿Salió vibrante, sutil, inolvidable, como yo quería? Tengo dudas.

Ahora pienso que no le gustan las historias de mar porque detesta el agua; no debería ser tan estrecho ya que ni siquiera tuvo que mojarse los pies, todo el gasto lo hice yo con la cabeza.

Pero lo importante es que no se durmió. La misión estaba cumplida y bien podía sentirme satisfecha. Lo acaricié, me lamió la mano y después se lamió él con la dedicación que pone en todas sus cosas.

Fernández y yo éramos dos sobrevivientes. Cerré los ojos y pensé en los tripulantes del "Flora" desembarcando en el puerto seguro; la gente los felicitaba y les daba la bienvenida como a héroes que han atravesado grandes peligros.

Fernández empezó a bostezar. Se paró, bajó de la cama y dio unos pasos tembleques hasta que se afirmó bien sobre las patas. Con disimulo fue caminando hacia la puerta. Yo sabía perfectamente qué iba a hacer y dónde: se iba a dormir al tanque de agua, a la palta o a un lugar de éstos. Es incorregible.

De pronto me asaltó la sospecha de si se ha-

brá mantenido despierto gracias a mis historias o porque no puede dormir en sitio blando. Nunca lo voy a saber.

Quedaron pelos en la almohada.

Me sigue preocupando esa manía suya. Tengo que pensar en una solución definitiva. Tal vez un casquito de corcho...







Ema Wolf nació en Carapachay, provincia de Buenos Aires, en mayo de 1948. Es licenciada en Letras y Periodista; entre sus libros publicados figuran *La Sonada aventura de Ben Malasangüe*, *La aldovranda en el mercado* y, en esta editorial, *Los imposibles*, *Maruja*, *La gran inmigración*, *Fámili* y *A filmar Canguros míos*.

Historia a Fernández ha sido uno de los dos finalistas del concurso Casa de las Américas 1994.

Desde chico, Fernández tiene la espantosa costumbre de dormir en el filo de las alturas. Provoca escalofríos verlo oscilar con los ojos cerrados en la cima del tanque de agua, la cumbre del tejado y las ramas altas del árbol de paltas. ¿Puede alguien descansar haciendo equilibrio sobre el borde de una canaleta? Él sí ¿Puede alguien que no seapájaro dormir sobre un alambre? El sí. Uno no sabe qué hacer en esos casos: si apartar la vista o montar guardia debajo
Atento al momento en que se precipite porque a veces se cae... De esa costumbre de Fernández nació este libro. Contrariamente a lo que el Resto supone, no es un manual de primeros auxilios.



ISBN 950-07-1906-1